

DOS CUENTOS: ♦

Rosa Linares volvió a mirarse en el espejo mientras oía que su hijo le recordaba que se hacía tarde. Había considerado un gasto inútil y una pérdida de tiempo pasarse toda la tarde en la peluquería, pero al fin accedió.

- Quiero verte linda; piensa que mañana me voy para Buenos Aires y no regresaré hasta mediados de año.

La madre aún seguía pensando que hubiese sido prescindir del arreglo del cabello. La vida estaba carísima, y Alberto lo sabía. Pero ¿cómo quitarle la ilusión de ese último capricho?. Además su hijo le remitiría una mensualidad para equilibrar lo escaso de su pensión; la salvaba el hecho de haber vendido bien los terrenitos en Villar Pílar y de tener asegurado el techo en la capital.

Termina de una vez que ya son las ocho; que es sábado y son muchos los que comen fuera. ¡Por favor mamá que no quiero terminar en una pizzería!

Igual que siempre, enfadándose por nada. Y claro: los exámenes finales para el título de médico; no recordaba haberlo oído reír desde un tiempo que consideró demasiado prolongado. La madre pasó por alto los problemas que se suscitaron enseguida con la tramitación del título y la certificación académica; los engorrosos papeleos en los Ministerios. También pasó por alto las llamadas telefónicas que le desvelaban por la madrugada cuando apenas dormía seis horas diarias.

Rosa Linares constató en su cartera la presencia del juego de llaves, la cédula de identidad, el pañuelo y algún dinerillo. Rogó un minuto para ir al cuarto de baño: siempre ocurría lo mismo cuando iba a salir de casa. Alberto la esperó impaciente con el abrigo de paño en la mano y el zaguán abierto.

- No tienes por qué entrar en el dormitorio; aquí tengo tu abrigo. ¡Vamos!

La madre no osó replicar que se dejaba la cartera pues no quería ponerse más nerviosa. La angustiaba la idea de que el hijo se alejara por tanto meses. ¡Qué sola se quedaba!. Con una sonrisa dejó de lado los espesos nubarrones que la asediaban constantemente. En el fondo de su corazón intuía que se reunirían a corto plazo; le escribiría extensas cartas -le hablaría con más seguridad desde el papel- contándole su aburrimiento, sus cosas insignificantes y él comprendería su soledad y se la llevaría.

Tomaron el ómnibus y se dirigieron hacia la zona del Cordon porque el Centro estaría atestado de público. Montevideo reverdecía las vísperas de fiestas. Rosa se asombró de encontrar grupos de estudiantes; algunos se alejaban precipitadamente de la avenida principal y otros desaparecían en bares y cafeterías. La calle olía como a neumático quemado.



la madre

El restaurante tenía sólo seis mesas ocupadas y casi todas con un comensal. Hubiese querido llevarla a un sitio mejor aunque el dinero apenas alcanzara. Le consolaba saber que su madre consideraba siempre mejor a la comida hecha en casa; "Morini" o "El águila" le hubiesen sabido igual. Intentó varios temas pero la interlocutora fingía distraerse en comer o en despegar la etiqueta de la botella de vino. Monosilábica se limitaba a asentir cuando la exposición de Alberto versaba sobre los pocos puntos en los que siempre estarían de acuerdo, y a callar cuando la respuesta podía contrariarlo. Se conocían demasiado y ninguno de los dos podía evitarlo.

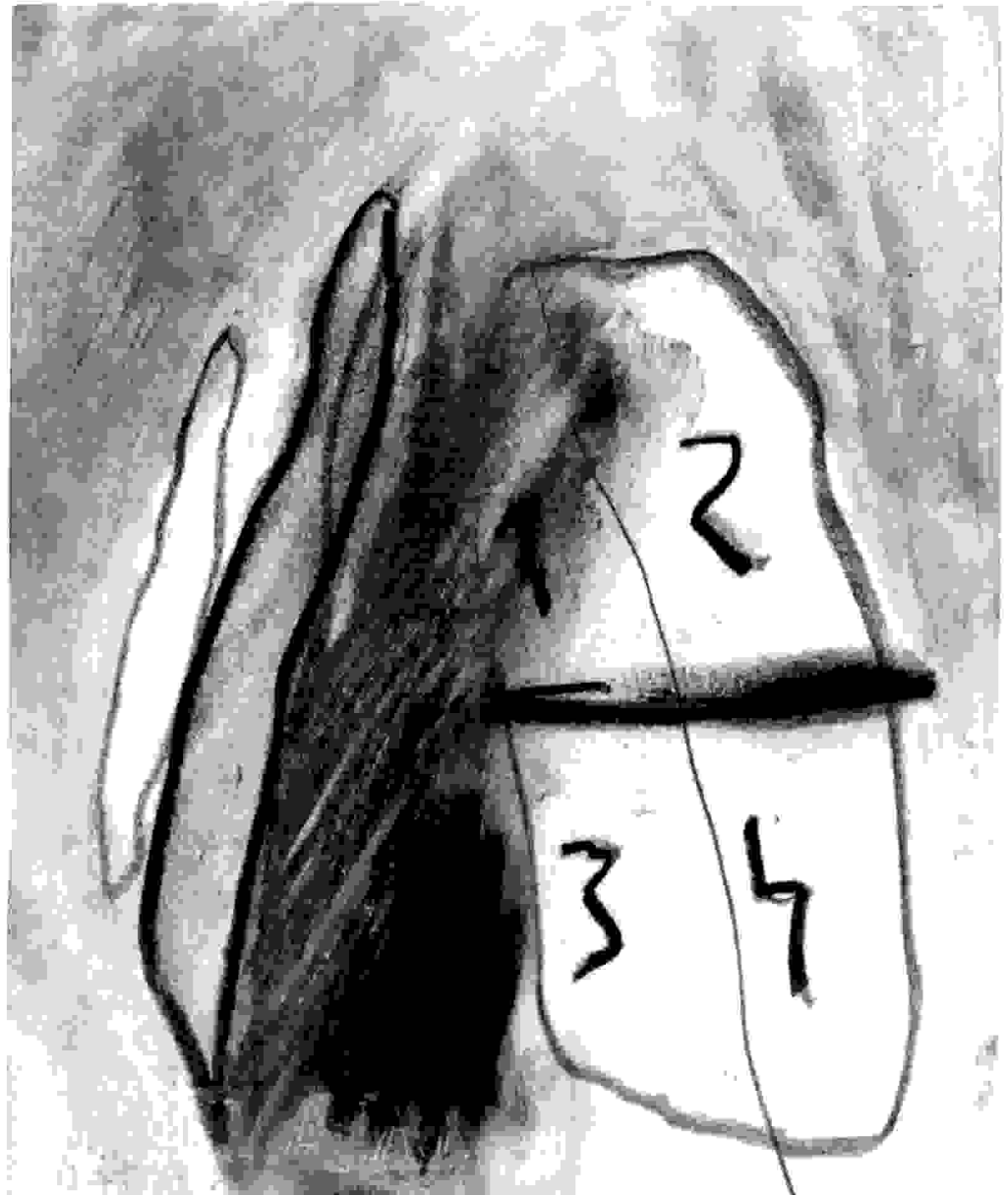
Los hombres descendieron del "ford falcon" y penetraron en el restaurante. Sin mediar palabra agarraron al joven por las axilas y se lo llevaron hacia el automóvil. Todo fue tan rápido que la sonrisa que ensayó Rosa al ver aproximarse de forma tan resuelta a los tres desconocidos, le quedó dibujada en la cara.

- ¡Haga la denuncia mamá!
¡Haga la denuncia enseguida!
¡Comuníquese con Nora!

Rosa se pasó lentamente la mano por el cabello y arregló el mechón que había escapado de la horma que lo había aprisionado durante dos horas. Las lágrimas corrieron por sus mejillas y los surcos descubrieron su desolación total. Recordó que no había traído la cartera y desistió de inmediato en buscar el pañuelo. Se levantó como una automática y se dirigió hacia la puerta. La sonrisa del camarero la detuvo en seco.

- Al fondo y a la derecha, mascullo.

La mujer negó con la cabeza. El hombre interceptó su marcha con la boleta de la consumición. La mujer se excusó. El camarero,



con impaciencia, la tomó de un brazo y la llevó hasta la presencia del administrador. El jefe, sentado detrás de la máquina registradora, la contempló de mala manera.

- Señora: si a usted le apetece traerse muchachos a cenar debe tener en presente que, una vez que satisfacen el hambre, desaparecen. La plaza "Treinta y Tres" está llena de gente sin trabajo. ¿Qué se creyó usted?

Rosa Linares no comprendía nada; sólo un deseo le martillea-

ba el corazón: realizar el pedido de Alberto.

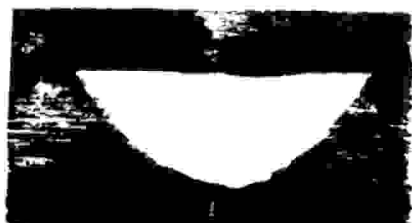
- Quiero hacer una denuncia...

- Y también la casa, respondieron al unísono patrón y empleado.

A los diez minutos cuatro hombres uniformados irrumpían con violencia. La mujer comenzó a temblar. Le pidieron explicaciones y no pudo hallar la respuesta apropiada. Exigieron documentación y ella había dejado la cartera en casa.



A las dos de la madrugada Rosa pasó al despacho del inspector Esparte quién la trató muy mal. Cuando la detenida haciendo un esfuerzo extraordinario logró relatar con coherencia cronológica los acontecimientos de la noche, el inspector adoptó una actitud reflexiva, casi paternalista. Y ella dejó de ser el punto de atención pues la figura de Alberto centró el interrogatorio disfrazado de coloquio informal. Se tranquilizó hablando de su hijo.



- Usted comprende... estos jóvenes idealistas. Desocupación y pobres siempre hubo; pero él dale que no, que esto debía cambiar. Por eso tuvo problemas con el título. Y no le cuento nada de las noches que no se apareció a dormir.

La mujer había tomado confianza frente a aquel hombre que ella sentía ya como a un viejo conocido, que la comprendía quizá porque era padre y sabía lo que son esos pesares. Y se lo dijo. El hombre se puso serio.

- Mi hijo está en Panamá para aprender a defender lo que hijos como el suyo intentan destruir. Nombre del padre... Nombre del padre -insistió con ira-

- No tiene padre -murmuró Rosa.

- Aunque se haya muerto los hijos siempre tienen un padre y ese padre un nombre. Y un apellido, claro.

Las palabras le atascaban la garganta, la axfisiaban al apretujarse las unas contra las otras. La mujer se restregó las manos y luego miró a los dos sargentos -que se habían acomodado en la mesa contigua- como ratificando que no, que no había padre.

- Un fruto del amor libre, quizá -masculló el inspector.

Rosa Linares bajó la cabeza y empezó a sollozar. Tenía miedo,

muchísimo miedo. Los deseos enormes de orinar la impulsaban a abandonar la silla pero las piernas no le respondían. El inspector dijo algo a uno de los hombres y éste regresó de inmediato con una almohadilla entintada. Primero la mano izquierda. Apoye bien para que quede nítido. Ahora la derecha. Así, como hizo antes. Límpiese y luego firme debajo.

El otro hombre se sentó a la máquina a llenar una declaración de denuncia por ignorancia de paradero que Rosa firmaría con letra ilegible. Cuando se levantó para pasar al cuarto donde le tomarían las fotografías, comprobó que estaba mojada y que un charquito en el piso lo evidenciaba. Se atrevió a levantar, implorante, la vista. Las risas la sacaron a empujones del recinto policial.

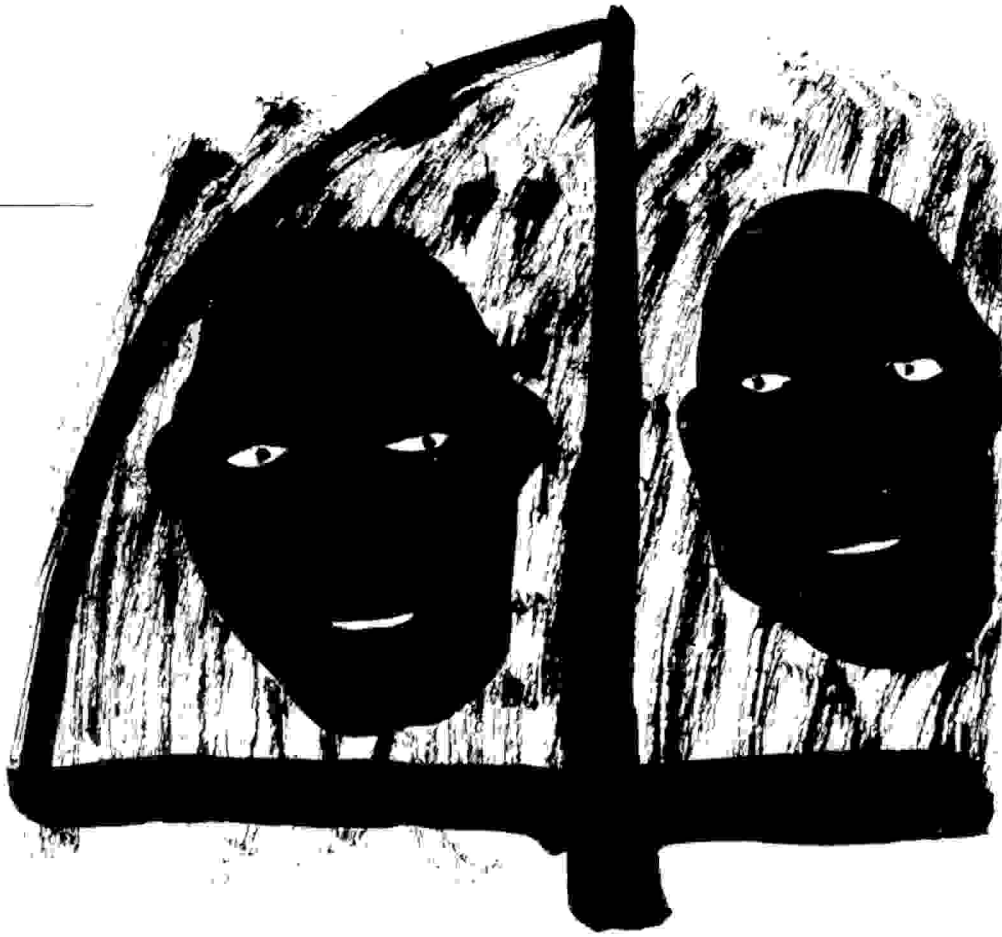
Ella hubiese preferido comer en casa. No se lo dijo porque no quería disgustarle en su última noche en Montevideo. Hubiese traído la cartera pero Alberto no le dio tiempo. Por eso no pudo pagar la consumición y por eso llegó la policía. Lo cierto es que ahora se encontraba sola y en la calle a las cuatro y pico de la mañana. ¡Ella! ¡Qué cosas Dios mío, qué cosas!

La llovizna la obligó a apretar el paso. Los primeros ómnibus comenzaban a circular por la avenida principal. ¿Estaría de turno Ricardo? ¿Si no cómo llegaría a casa?. En "18" y Minas aguardó el "103". El corazón se le alborotaba cuando las luces marcaban la proximidad de un vehículo. A las seis se hubiese echado a dormir en el portal ¡pero cualquiera sabe la de bichos que puede haber!. Le dolía el estómago y, sin esfuerzos, dejó escapar un largo y espeso vómito. ¡Dios mío! ¿Me moriré en la calle como una por-diosera? ¡Ayúdame, por favor, ayúdame!. Decidida a enfrentar una situación insostenible, resuelta, casi con furia, trepó al quinto "103" que pasaba. La



**SUSCRIPCIONES
REVISTAS
LIBROS**

**Euskalduna,6
Teléfono:4 32 19 45
Bilbao 8**



sonrisa de Ricardo la reconcilió con la cordura.

- Vengo de cuidar a mi prima y olvidé la cartera... Es tarde y hace frío.

No tenía las llaves. La lluvia caía persistentemente y el cielo se iluminaba con relámpagos cada vez más continuados. Rosa Linares se acuclilló en el umbral e inclinando la cabeza sobre el pecho se adormiló. El ruido de un frenazo la sobresaltó; por la puerta trasera dejaron caer un cuerpo. En algunas casas encendieron las luces. El "ford falcon" se alejó de la misma forma con que había irrumpido.

La madre se incorporó pesadamente. Sí, Alberto debe irse de inmediato para Buenos Aires porque aquí están ocurriendo hechos extraños. Y repitió hasta alarmarse las palabras que habían brotado de pronto en su pensamiento. Colocó en el regazo la cabeza de su hijo y besó su rostro ensangrentado. Se mojó las yemas de los dedos con saliva y acarició los cuajarones que sellaban la sien. En sus brazos Alberto tenía, ya para siempre, seis años; no había hecho caso de sus prevenciones y sufría el daño de una

caída. Un llanto de niño le inundó de nuevo el corazón y, para calmarlo, mojó la herida con saliva. El niño sonrió.

- Mamá, cúrame siempre con salivita!

Alguien sollozó detrás de una ventana: las luces se apagaron. Un perro comenzó a aullar lastimosamente.

RAMON BORDOLI DOLCI